

quedaran los tres complacidos, felices y satisfechos. Pero el ángel desconocía la ternura humana; no había sufrido lo necesario para compadecer a los que sufren, y respondió con glacial prudencia:

—Querido Mauricio: la necesidad, que guía y encadena las acciones de los seres animados, produce con frecuencia efectos imprevistos, y a veces absurdos. Así puedo explicarte un suceso que te desagrada; y si dispusieras de una conveniente filosofía natural para juzgarlo, no me lo reprocharías; porque la voluntad es ilusión y las afinidades fisiológicas, exactamente determinadas como las combinaciones químicas, podrían reducirse también a fórmulas. Creo posible inculcar en tu cerebro estas verdades, pero sería un razonamiento largo y penoso, que acaso no bastase para devolverte la serenidad perdida. Lo inevitable ya, es que me vaya...

—¡No te vayas!—repuso el joven d'Esparvieu.

Su claro concepto de las obligaciones sociales le hacía poner el honor sobre todo, cuando era preciso; y en aquel momento estaba seguro de que solamente con sangre se borraría la injuria que le infirieron. Esta idea tradicional imprimía una inesperada nobleza a su actitud y a su lenguaje; y prosiguió:

—¡Caballero!: yo soy quien debe salir ahora mismo de esta casa, para siempre. Usted es un desterrado, y ha de aguardar aquí la visita de mis padrinos.

El ángel sonrió:

—Los recibiré, si lo deseas; pero debes recordar, Mauricio, que soy invulnerable. Los espíritus celestes, aun cuando se presenten bajo forma carnal, no sucumben atravesados por una bala o por un acero. Reflexiona el conflicto que nos crea esta desigualdad inevitable, y lo absurdo que sería decirles a tus testigos que no

puedo aceptar el duelo por ser mi substancia de naturaleza inmortal.

—¡Caballero!—replicó el ilustre vástago de los Bus-sart d'Esparvieu—, debió usted meditar esos inconvenientes antes de agraviarme.

Y se fué. Su arrogancia desmayó al sentir el aire de la calle; se tambaleaba como un borracho...

Llovía sin cesar. Paso a paso andaba Mauricio, sordo, ciego, sin saber por dónde; metía los pies en el agua, se llenaba de barro. Anduvo así por los bulevares de la ronda, y cuando la fatiga le rindió sentóse junto a la valla de un solar; sus lágrimas desleían sobre su rostro las salpicaduras de fango, y por el ala de su sombrero corría el agua como por un canal. Un transeunte compasivo le arrojó una moneda de cobre; Mauricio la cogió, la guardó cuidadosamente, se levantó, y fué a buscar padrinos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXX

En el cual se relata un lance de honor, y donde se apreciará si es cierto, como lo supone Arcadio, que la experiencia de nuestros errores nos encamina hacia el bien.

Habían acordado que se verificara el duelo en el jardín del coronel Manchon, boulevard de la Reine, en Versailles. Los señores de la Verdeliere y Truc de Ruffec, favorecidos ambos por su continua intervención en esta clase de asuntos, conocían minuciosamente las reglas a

que se ajustan los lances de honor, y apadrinaban a Mauricio d'Esparvieu. No se realizaba ningún duelo en el mundo católico sin contar con el señor de la Verdeliere, y para dirigirse a este caballero ducho en lances de honor Mauricio tuvo que vencer alguna repugnancia, porque habían sido notorias sus relaciones con la señora de la Verdeliere, pero la costumbre admitida por todos le obligaba en aquel momento; por otra parte, el señor de la Verdeliere no podía ser considerado como un marido: era una institución. En cuanto al señor Truc de Ruffec, nunca se le conocieron otros recursos ni otro empleo: se dedicaba completamente al honor, y cuando algunos maliciosos lo hacían notar se les preguntaba si era posible consagrarse a una carrera más honrosa que la del honor. El príncipe Istar y Teófilo fueron los padrinos de Arcadio. El ángel músico no intervenía en aquel lance por su gusto y libérrima voluntad. Le inspiraba horror todo género de violencias y condenaba el duelo; éranle insoportables el choque de las espadas y las detonaciones de las pistolas, y se desmayaba cuando veía brotar sangre de una herida. Se negó tenazmente a ser el segundo padrino de su hermano celestial y fué necesario, para decidirle, que le amenazara el querube con romperle sobre la cabeza una botella de panclastita. Además de los adversarios los padrinos y los médicos, entraron en el jardín algunos oficiales de la guarnición de Versalles y varios periodistas. Aun cuando al joven d'Esparvieu sólo se le conocía como hijo de familia, y Arcadio era completamente desconocido, aquel duelo inspiró mucha curiosidad, y los balcones de las casas próximas hallábanse rebosantes de fotógrafos, de gacetilleros y de personas distinguidas. Como se había dicho que una mujer era

a causa del disgusto, se comentaba el lance; muchos aseguraban que lo provocó Bocota, y atribuían los más la culpa a la señora de Aubels. Por añadidura, bastaba que interviniese en un duelo el señor de la Verdeliere para que se interesase todo París.

Lucía un cielo azul; los rosales del jardín se hallaban cubiertos de rosas; un mirlo cantaba. El señor de la Verdeliere, juez de campo, unió las puntas de las espadas y pronunció la frase de reglamento:

—Adelante, caballeros.

Mauricio d'Esparvieu amagaba engañosamente y batía el arma de su rival. Arcadio se limitó a mantener su espada en línea. El primer asalto no tuvo consecuencias. Los testigos creyeron que el joven d'Esparvieu se hallaba en un estado lamentable de irritabilidad nerviosa, y que su adversario se mostraría sereno y firme. Al segundo asalto Mauricio menudea sus ataques, tiende los brazos y descubre el pecho; tírase a fondo, y en un avance consigue apoyar en el cuerpo de Arcadio la punta de su espada. Todos aseguran que Arcadio está herido, pero al reconocer a los combatientes comprueban, asombrados, que es Mauricio quien tiene un rasguño en la muñeca. Mauricio afirma que no le produce la menor molestia, y el doctor Quille, después de un minucioso examen, declara que su cliente no quedó en condiciones de inferioridad.

Pasados los quince minutos de observación reglamentaria el duelo continúa. Mauricio ataca de nuevo con violencia. Es notorio que su adversario no tiene interés en herirle y, (esto es lo que intranquiliza más al señor de la Verdeliere), que ni siquiera pone cuidado en defenderse. Cuando empieza el quinto asalto un perro de aguas negro, cuya presencia en el jardín hasta

entonces no fué advertida, asoma entre unos rosales y penetra en el terreno de la lucha; sin que basten a detenerle palabras y ademanes hostiles pasa entre las piernas de Mauricio, cuyo brazo languidece y que adelanta el hombro como si se tratase de avivar a empujones el juego de su espada contra el espíritu invulnerable. Se tira violentamente a fondo y se atraviesa el brazo con la punta del acero de su rival.

El señor de la Verdeliere da por terminado el combate, que duró noventa minutos. Sientan a Mauricio, contraído por el dolor, en un banco verde al pie de un muro cubierto de glicinas, y mientras los médicos le hacen la cura, él tiende hacia su ángel custodio el brazo herido y le hace señas para que se acerque. Se acerca el vencedor, entristecido por su victoria, y Mauricio le dice, mientras le abraza cariñoso:

—Ten generosidad, Arcadio, y perdóname tu traición. Ahora ya puedo rogarte que te reconcilies conmigo.

Besa a su camarada en la mejilla y entre lágrimas le murmura al oído:

—Irás a verme; lleva contigo a Gilberta.

Como no se había reconciliado con sus padres, ordenó Mauricio que le condujesen al entresuelo de la calle de Roma.

Acababa de acostarse y las colgaduras de su lecho se hallaban recogidas como en el momento de la aparición, cuando se le presentaron Arcadio y Gilberta. Empezó a sentir dolores agudos y se apoderó de su cuerpo la fiebre, pero se mostraba tranquilo, satisfecho, feliz. El ángel y la mujer se arrojaron llorosos a los pies de la cama. Mauricio, sonriente, unió en su mano izquierda las diestras de sus amigos y les besó las mejillas con ternura:

—Puedo aseguraros que ya nunca me disgustaré con vosotros—les dijo—, porque no volveréis a engañarme. Ahora os conozco y os creo capaces de todo.

Gilberta, desconsolada, juró a Mauricio que nunca le había sido infiel con Arcadio ni con otro alguno, y lamentó que se dejase alucinar por vanas apariencias. Era tan grande su ansia de sinceridad que sus mentiras llegaron a parecerla verdades.

—¿Por qué te disculpas, Gilberta?—dijo con dulzura el herido—. Lo hecho hecho está, y no hay razón para que niegues haberme burlado en esta misma estancia, de una manera indecorosa, con mi mejor amigo, ya que gracias a tu liviandad nos vemos reunidos aquí los tres, y de otro modo no disfrutaría yo ahora el goce mayor de mi vida. ¡Oh, Gilberta! no te mortifiques para disfracar sucesos evidentes y gratos.

—Puesto que tú lo deseas, amigo mío—replicó Gilberta, un poco desalentada—no te lo negaré; sólo quiero agradarte.

Por indicación de Mauricio, sentóse Gilberta sobre la cama y ocupó el ángel un sillón junto a la cabecera.

—Mi espíritu inocente—dijo Arcadio—al tomar forma humana, se inclinó hacia el mal. Así me perfecciono.

—Vaya, no exageres—repuso Mauricio—. Juguemos al *bridge*.

Acababa de ver el enfermo tres ases en su mano, cuando se le nubló la vista. Se deslizaron las cartas entre sus dedos, cayó su cabeza sobre las almohadas; quejóse de un dolor muy agudo en la sien. Al poco rato la señora de Aubels tuvo que acudir a varias visitas; la interesaba mucho presentarse a las gentes para desmentir con su actitud tranquila y serena las murmuraciones referentes a sus amoríos. Arcadio la condujo hasta la

puerta, y al besarla se impregnó de tal modo en su perfume que olía como ella cuando volvió a la alcoba donde Mauricio dormitaba.

—Me satisface mucho—murmuró el enfermo—todo lo que sucede.

—No podía ser de otro modo—adujo Arcadio—. Todos los ángeles rebeldes, en mi caso, hicieran con Gilberta lo que yo hice. Ya lo dijo el Apóstol: «Que las mujeres oren ocultas bajo un velo, para no turbar a los ángeles.» El Apóstol no ignoraba el poder soberano de la hermosura. En cuanto los ángeles ponen los pies en la tierra sienten ansias de amores mundanos; su acoplamiento es terrible y delicioso, porque poseen el secreto de las caricias inefables que sumergen a las hijas de los hombres en abismos de voluptuosidad; acercan a los labios de sus gozosas víctimas una miel ardiente, les abrasan la sangre de las venas en un incendio vivificador y las dejan complacidas y tronchadas.

—¡Cállate, cerdo!—exclamó el herido.

—Permíteme que acabe—repuso el ángel—; ya falta poco para mi justificación, y te dejaré descansar tranquilamente. Para cerciorarte de que no exagero, Mauricio, puedes consultar acerca de las caricias de los ángeles y las mujeres, a Justino, *Apologías*, I, II; a Flavius Josefus, *Antigüedades judaicas*, libro I, capítulo III; Atenágoras, *De la Resurrección*; Lactancio, libro II, capítulo XV; Tertuliano, *Del Velo de las Virgenes*; Marcos de Efeso, *Psellus*; Eusebio, *Preparación Evangélica*, libro V, capítulo IV; San Ambrosio, en el libro de *Noé y el Arca*, capítulo V; San Agustín, *Ciudad de Dios*, libro XV, capítulo XXIII; padre Meldonat, jesuita, en su *Tratado de los demonios*, página 218; Pedro Lebyer, consejero del rey...

—¡Arcadio!, cállate por piedad; ¡cállate! ¡cállate! y ahuyenta ese perro—exclamó Mauricio con la cara encendida y los ojos febriles.

Su delirio le hacía ver sobre la cama un perro de aguas negro.

La señora de la Verdeliere, que practicaba todas las elegancias mundanas y nacionales, distinguíase como una de las más encantadoras enfermeras de la elevada sociedad parisiense. Fué a enterarse del estado en que se hallaba Mauricio, y se ofreció a cuidarle; pero, atento a las vehementes indicaciones de la señora de Aubels, Arcadio se opuso a que pasara de la puerta. Afluyeron a casa de Mauricio innumerables testimonios de simpatía. Infinitas tarjetas con una punta doblada se amontonaban en una bandeja enorme. Uno de los primeros que llevó al entresuelito de la calle de Roma la expresión de su caballeresca simpatía fué el señor Truc de Ruffec, el cual tendió a Mauricio su mano leal y le pidió, como un hombre de honor a otro hombre de honor, veinticinco luises para pagar una deuda de honor.

—¡Diablo! Comprenda usted, Mauricio, que un caballero de mi fuste no puede confiar a cualquiera un servicio semejante.

Aquel mismo día, Cayetano d'Esparvieu llegóse a dar un apretón de manos a su sobrino. Este hizo la presentación de Arcadio.

—Ahí tiene usted a mi ángel custodio, cuyo pie le pareció tan perfecto al ver la huella de su pisada recogida por el polvo de talco delator. Hace un año se me apareció en esta misma estancia. Tío, ¿usted lo duda, verdad?... Sin embargo, es absolutamente cierto.

Y dirigiéndose al espíritu, prosiguió:

—¿Tú qué dices, Arcadio? El reverendo Patouille,

teólogo eminente y sacerdote ilustre, niega tu condición de ángel; y mi tío Cayetano, absolutamente irreligioso, hasta el punto de no recordar siquiera la doctrina cristiana, te la niega también. Desconocen tu naturaleza, uno porque tiene fe y otro porque no la tiene; en vista de lo cual puede asegurarse que tu historia, si alguien se decide con el tiempo a relatarla, no parecerá verosímil. Por cierto que no acreditaría ser hombre de buen gusto quien se atreviese a intentar semejante narración, que le valdría más censuras que aprobaciones. ¡Bonita historia la tuya! El cariño no me impide juzgarte con severidad. Desde que te volviste ateo eres un perfecto malvado. Ángel rebelde, amigo infiel, traidor, homicida. Sí; homicida; porque, sin duda para asesinar a mansalva, dispusiste que me soltaran un perro de aguas negro que se me enredó entre las piernas.

El ángel encogióse de hombros y dirigió al tío Cayetano estas palabras:

—Caballero: no me sorprende que le merezca tan escaso crédito mi condición, pues tengo noticia de que tampoco reconoce la existencia del cielo judeo-cristiano; de donde yo salí.

—Señor mío—repuso el tío Cayetano—; sería necesario que me formase otra idea de Jehová para creer en sus ángeles.

—El que usted llama Jehová, caballero, sólo es un demiurgo ignorante y tosco, llamado Ialdabaoth.

—Señor mío: si es así, me predispone mucho en su favor. Mi limitada inteligencia ya no se resiste a comprenderlo. ¿Cómo sigue?

—Mal. Dentro de un mes le destronaremos.

—No se acostumbre usted a vivir de ilusiones, como el piadoso hermano Cuissart, que todas las mañanas a

la hora del desayuno dice que la República debe caer de un momento a otro. Así lleva treinta y tantos años...

—Ya lo ves, Arcadio—adujo el joven d'Esparviéu—; mi tío Cayetano piensa como yo; está seguro de que no puedes vencer.

—¿Y en qué se funda usted, caballero, para estar seguro de mi derrota?

—Me fundo, señor mío, en que Ialdabaoth, cuyo poder celestial desconozco, tiene aún mucho arraigo en la Tierra. En otro tiempo le sostenían los sacerdotes y los fanáticos; pero ahora le amparan los incrédulos y le defienden los filósofos. Recientemente, un pedante llamado Picrochole, para favorecer los negocios de la Iglesia quiso demostrar que la Ciencia se declaraba en bancarrota; y en estos días acaba de salir a luz un invento curioso: el Pragmatismo, que se propone hacer compatible la religión con el razonamiento.

—¿Ha estudiado usted el Pragmatismo?

—¡Ni lo suponga usted siquiera! En mi frívola juventud, se me ocurrió leer a Hegel y a Kant, pero al adquirir la serenidad que traen consigo los años, ya sólo me preocupan las formas sensibles, lo que mis oídos oyen y mis ojos ven: el Arte. De ahí no pasa el hombre. Lo demás, puro ensueño.

Así continuó la conversación hasta la noche, y la matizaban con obscenidades que hubieran ruborizado, no sólo a un coracero, lo cual no es muy excesivo, porque los coraceros suelen ser castos, sino a una parisiense.

A última hora el señor Sarricte visitó a su antiguo discípulo; y al presentarse en la estancia, por encima de la cabeza calva del bibliotecario apareció el busto de Alejandro d'Esparviéu. Se acercó al lecho, y los cortinajes azules, el armario de espejo y la chimenea, se vieron de

pronto convertidos en las abarrotadas estanterías de la sala de los Filósofos y las Esferas; la multitud abrumadora de libros, cartones y papeletas enrarecía el aire. La biblioteca y el señor Sariette se amalgamaban de tal modo, que no era posible verle ni pensar en él sin que surgiese y le rodease todo aquello. Su figura se ofrecía ya más pálida, más borrosa, más tenue y más imaginaria que las visiones sugeridas por su presencia.

Mauricio se mostró agradecido a la prueba de amistad que le daba el pobre viejo.

—Siéntese usted, señor Sariette. A la señora de Aubels ya la conoce; ahora le presento a mi ángel custodio: Arcadio. Este es quien saqueó la biblioteca durante dos años, cuando aún era invisible. Por su culpa usted perdió el apetito y estuvo a punto de volverse loco. Entreteníase llevando a mi pabellón los viejos volúmenes de los armarios. Un día le robó, en sus propias barbas, una joya bibliográfica, y el trastorno que le produjo le desplomó a usted sin sentido en la escalera. Otro día se apoderó de un folleto de Reinach, y obligado a salir conmigo de pronto (porque no me abandonaba casi nunca, según después he sabido), se le cayó en la calle de la Princesse. No fué por descuido, señor Sariette, sino por falta de bolsillos. Arcadio era invisible. Yo lamento amargamente, señor Sariette, que todos los libros y legajos de la biblioteca no hayan sido arrastrados por una inundación o devorados por un incendio. Por su culpa enloqueció mi ángel, y vive como un hombre sin fe y sin ley. Gracias que ahora yo le sirvo de ángel custodio; pero ¡sabe Dios cómo acabará todo esto!

Mientras oía tales razones, el señor Sariette dejaba traslucir en su rostro una expresión de tristeza infinita, irreparable; una tristeza de momia; y al despedirse de

Arcadio el infeliz viejo le murmuró al oído, sin que le fuera posible ocultar su desolación:

—Esta pobre criatura está muy grave. ¡Cómo delira! Mauricio llamó al bibliotecario para decirle:

—No se vaya usted, señor Sariette, jugará una partida de *bridge* con nosotros. Y ahora, permítame que le aconseje: no imite usted mi conducta; no se trate con personas de malas costumbres ni frecuente los antros del vicio... ¡Se condenaría!... Señor Sariette; antes de que se vaya he de pedirle un favor: Cuando vuelva usted a verme, tráigame un libro de meditaciones piadosas para que yo estudie los fundamentos de la verdadera religión. ¡Quiero devolver a mi ángel custodio la fe que ha perdido!

CAPÍTULO XXXI

Donde se admite cuán fácilmente un hombre honrado, tímido y bondadoso, puede cometer un crimen horrible.

Muy apesadumbrado por las divagaciones incomprensibles de Mauricio, el señor Sariette subió al autobús y se fué a ver al viejo Guinardon, su amigo, su entrañable amigo, la única persona del mundo que le alegraba con su presencia y con su charla. Cuando el señor Sariette se presentó en la tienda de la calle de Courcelles, Guinardon dormitaba hundido en una poltrona antigua. Los cabellos ensortijados y la barba frondosa del viejo servían de marco a su rostro enrojecido; unos

filamentos amaratados surcaban su nariz arrebolada por el vino de Borgoña. No era posible dudar que bebía con exceso. A dos pasos de la poltrona, sobre la mesita de costura de la joven Octavia languidecía una rosa en un jarrito de cristal, y en el cesto de costura descansaba una labor de punto a medio hacer. Cada vez eran más frecuentes las ausencias de la garrida moza, y nunca se daba el caso de que fuese a la tienda el señor Blancmesnil cuando ella no estaba. Obedecía esto a que, tres veces por semana, iban los dos a una casa de citas muy próxima de los Campos Elíseos donde pasaban la tarde juntos. El viejo Guinardon ignoraba su desventura, pero sufría las consecuencias.

Al estrechar la mano de su amigo, el señor Sariette no le preguntó por la joven Octavia, porque desconocía su intimidad, y estuvo a punto de recordarle aquella Ceferina cruelmente abandonada y merecedora, en su opinión, de ser la legítima esposa. El bibliotecario era prudente y se limitó a preguntar a Guinardon cómo andaba de salud.

—Muy bien—afirmó el artista, dolorido y enfermo, ya porque los años y el amor hubieran debilitado al fin su robusta naturaleza, ya por los disgustos que le hacía sentir la infidelidad de la joven Octavia—. ¡Muy bien! A Dios gracias, no se rinden las energías de mi cuerpo ni las de mi espíritu. Soy casto, Sariette, soy casto; y la castidad hace fuertes a los hombres.

Aquella tarde había sacado el viejo Guinardon varios libros preciosos, de los que guardaba en la cómoda de madera de violeta, para enseñárselos al notable bibliófilo señor Meyer, y al ver libros sobre el mármol de la cómoda el señor Sariette no pudo evitar el deseo de examinarlos minuciosamente, porque los libros le atraían.

El primero que hojeó era *La Doncella*, encuadernada en tafíete y añadida la «continuación» inglesa. Fué sin duda bochornoso para su espíritu de francés y de cristiano admirar aquel texto y aquellas láminas; pero un hermoso ejemplar le parecía siempre digno y puro. Mientras hablaba muy afectuosamente con Guinardon iba cogiendo y dejando, uno tras otro, los libros del anticuario, avalorados ya por su encuadernación, ya por sus láminas, ya por su procedencia, ya por su rareza. De pronto escapósele un grito sublime de alegría y de ternura triunfantes: acababa de coger el *Lucrecio* de Felipe de Vendome, su *Lucrecio*, y lo mantenía oprimido sobre su pecho.

—¡Al fin lo recobro!—suspiró mientras se lo acercaba a los labios.

No comprendía el viejo Guinardon las apasionadas manifestaciones de su amigo; pero cuando éste le declaró que aquella joya formaba parte de la Biblioteca d'Esparvieu, que aquel precioso libro era suyo y que se lo llevaría inmediatamente sin más requisitorias, el anticuario completamente despierto ya se levantó, y aseguró que aquello le pertenecía, que lo compró en toda regla, y que sólo a quien le diese cinco mil francos le consentiría que se lo llevara.

—Usted no me ha entendido—le replicaba Sariette—. Se trata de un libro de la biblioteca d'Esparvieu. Tengo la obligación de reintegrarlo a su estante.

—Nada, nada; que no se lo lleva usted así.

—¡Me pertenece y lo recobro!

—Sería locura, mi buen Sariette.

Advirtió en el bibliotecario una extraña exaltación, y después de arrebatarse a viva fuerza el codiciado *Lucrecio*, habló de otros asuntos para distraerle.

—¿Ha visto usted, Sargette, de qué modo esos marraños tratan de acochinar el palacio Mazarino, y van a recubrir de no sé qué obras de arte la punta de la población vieja, el sitio más respetable y más hermoso de París? Son peores que los Vándalos, porque los Vándalos destruían los monumentos de la antigüedad, pero no los reemplazaban por edificios inmundos, ni construían puentes de un estilo infame, como el de Alejandro. Esa desdichada calle de Garanciere donde usted vive, Sargette, ahora es víctima de los bárbaros. ¿Adónde llevaron el hermoso mascarón de bronce de la fuente palatina?

El señor Sargette, que ni siquiera le oía, insistió:

—Guinardon: usted no me ha entendido; escúcheme. Este libro pertenece a la biblioteca d'Esparvieu. Me lo robaron. ¿Cómo? ¿Quién? Lo ignoro. Tenían lugar en la biblioteca sucesos misteriosos y terribles. Ya lo sabe usted; ese *Lucrecio* es mío; y como usted es un hombre honrado me lo dará. Yo lo restituiré a su dueño, y estoy seguro de que le indemnizará espléndidamente el señor d'Esparvieu. Obre usted ahora, como siempre, conforme a su nunca desmentida nobleza.

El anticuario sonreía desdeñosamente:

—¿Es posible confiar en la esplendidez de un avaro como el señor d'Esparvieu, que desollaría una pulga para conservar la piel? Míreme usted, amigo mío, y diga si yo tengo cara de bobo. Usted no ignora que Renato d'Esparvieu se negó a pagar cincuenta francos a un cambalachero por el retrato de Alejandro d'Esparvieu, su antepasado glorioso, pintado por Hersen; y el ilustre personaje continúa en el boulevard Montparnasse, frente al cementerio, en el tenderete de un judío donde se mean todos los perros del barrio... ¡Confiar en la esplendidez del señor d'Esparvieu!... ¡Qué ocurrencia!...

—En ese caso, Guinardon, me comprometo a pagarle yo mismo de mi dinero la indemnización que los árbitros acuerden. ¿Conformes?

—No sea usted generoso con los ingratos, amigo Sargette. Renato d'Esparvieu, por un mezquino salario que un ayuda de cámara despreciaría, dispone de los conocimientos, del asiduo trabajo, de la vida entera de un hombre como usted, tan simple que aún ofrece un sacrificio mayor... Déjelo; no se preocupe... Además, llega tarde, porque ya está vendido...

—¿Vendido! ¿A quién?—preguntó el señor Sargette anonadado.

—¿A usted qué le importa? Bástele saber que no solamente no verá más el dichoso libro, sino que ni siquiera nadie le hablará nunca de él. Se lo lleva un yanqui.

—¡Un yanqui!... Mi *Lucrecio*, con el escudo de Felipe de Vendome y anotado por Voltaire... ¡Se lo lleva un yanqui!

El viejo Guinardon reía estrepitosamente, y dijo:

—Amigo Sargette, me recuerda usted al amante de Manón Lescaut, cuando le anuncian que su querida va deportada al Mississipi: «¡Mi adorable Manón al Mississipi!...»

—¡Imposible!—replicó el señor Sargette, muy pálido—; ese libro no se lo llevará un yanqui; ha de volver a la biblioteca Esparviana de donde salió. Guinardon: tenga usted la bondad de entregármelo.

Por segunda vez el anticuario desvió la conversación, que ya entraba en camino escabroso.

—Amigo Sargette, usted no me habla de mi Greco; ni siquiera lo mira; y ¡es magnífico!

Guinardon inclinaba el cuadro para que recibiese bien la luz. Luego proseguía:

—Vea también el San Francisco, el Pobre de Dios, el Hermano de Jesús, cuyo cuerpo fuliginoso elevase al cielo como el humo de un sacrificio agradable al Señor, como el sacrificio de Abel.

—¡Ese libro, Guinardon!—rugía Sariette sin oírle ni volver la cabeza—; ¡déme usted ese libro!

El viejo Guinardon encolerizóse de pronto, se le hincharon las venas de la frente y gritó: —¡Ya me tiene usted hartó!—mientras se metía el *Lucrecio* en el bolsillo interior de su americana.

Entonces el señor Sariette se arrojó sobre el anticuario, acometióle con furor inaudito, y sacando fuerzas de flaqueza precipitó al robusto viejo sobre la poltrona donde solía sentarse Octavia.

Aturdido y furioso, el artista vomitaba espantosas injurias contra el maniático bibliotecario, y de un puñetazo lo arrojó sobre *La Coronación de la Virgen*, el cuadro de Fra Angélico puesto en un caballete, que se vino al suelo ruidosamente. Sariette acometió de nuevo, con el propósito inquebrantable de arrancar el *Lucrecio* del bolsillo donde se hallaba guardado, y entonces el viejo Guinardon le aplastara la cabeza si no hubiera desviado el golpe su propio furor, y dejase caer el puño como una maza sobre la mesita de costura de la ausente. Sariette se lanzó contra su adversario sorprendido, le mantuvo sujeto a la poltrona y clavó sus dedos sarmientosos en el cuello robusto que se amorataba con la insistente presión de las manos. El artista hizo un esfuerzo para desasirse, pero las uñas del bibliotecario no soltaban su presa y penetraban poco a poco en la carne tibia; Guinardon se ahogaba; su cuerpo enorme, palpitante, rendido, estremecíase de vez en cuando, y caía de su boca un hilillo de saliva. Luego se inmovilizó, y las ma-

nos homicidas aún se deleitaban oprimiendo, clavándose. Costóle a Sariette mucho esfuerzo desprenderlas.

Le martilleaban las sienes, pero entre zumbidos oía el repiqueteo de la lluvia, los pasos amortiguados de los transeuntes y las voces de los vendedores de periódicos. Vió ir y venir muchos paraguas... Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del muerto, se apoderó del libro y huyó.

La hermosa Octavia no volvió a la tienda, porque fué aquella noche a dormir en el entresuelito de otro almacén de antigüedades que acababa de comprar el señor Blancmesnil en la misma calle de Courcelles. El mozo encargado de cerrar la tienda encontró el cadáver del artista caliente aún, y avisó inmediatamente a la portera, la cual dispuso que lo colocaran sobre un sofá; encendióle dos bujías y humedeció una ramita de boj en un platillo de agua bendita; después cerró los ojos al difunto. El médico encargado de certificar el fallecimiento lo atribuyó a una congestión.

Avisada por la portera, señora Lenain, acudió Ceferina para velar al muerto. Parecía dormido. A la oscilante luz de las bujías el San Francisco del Greco se alzaba como una humareda; los oros de los primitivos resplandecían en la obscuridad; cerca del lecho mortuorio resaltaba claramente una mujercita de Baudouin que tomaba una medicina. Toda la noche resonaron en torno de la casa los amargos lamentos de Ceferina:

—¡Está muerto! ¡está muerto mi amigo, mi dios; el que para mí lo era todo: mi adorado Miguel!... ¡No! ¡no está muerto! ¡Se mueve!... ¡Despierta!... ¡Escúchame!... Soy yo, tu Ceferina... ¡Contéstame!... ¡Te amo! Si algo te hice padecer, ¡perdóname!... ¡Ah!... ¡Muerto!... ¡Muerto!... Dios mío; vedle: ¡Tan hermoso!... Era tan bueno, tan inteli-

gente y tan amable... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... A mi lado no se hubiera muerto... ¡Miguell!... ¡Miguell!

Por la mañana dejaron de oírse las voces de Ceferina. Creyeron que se habría dormido. Estaba muerta.

CAPÍTULO XXXII

Donde se cuenta que la flauta de Nectario resonó en el figón de Clodomiro.

La señora de la Verdeliere, que no pudo acercarse a Mauricio como enfermera, en ausencia de la señora de Aubels volvió al entresuelo de la calle de Roma con el pretexto de pedir una limosna para las iglesias de Francia. Arcadio la permitió llegar hasta la cabecera del convaleciente.

—¡Traidor!—susurró el joven d'Esparvieu al oído de su ángel—; líbrame inmediatamente de semejante lechuza o serás responsable de cuantas desgracias ocurran aquí.

—Tranquilízate—respondióle Arcadio con serenidad.

Después de los saludos y cortesías de rigor, la señora de la Verdeliere hizo un gesto a Mauricio para que se despediese al compañero inoportuno; pero Mauricio fingió no comprender, y la señora de la Verdeliere expuso el objeto aparente de su visita.

—¿Qué será de nuestras iglesias, nuestras amadas iglesias rurales?

Arcadio la contemplaba; suspiró angélicamente y dijo:

—Se hundirán, señora, deshechas en ruinas. ¡Qué lástima! La iglesia es, entre las casitas aldeanas, como la llueca entre sus polluelos.

—¡Eso es!—dijo la señora de la Verdeliere, con una sonrisa encantadora—. ¡Eso es! No hay duda.

—¿Y los campanarios?

—¡Oh! caballero, ¡los campanarios!

—Los campanarios se alzan hacia el cielo, como gigantescas jeringas que apuntan a las nalgas de los que-rubines.

La señora de la Verdeliere desapareció sin decir una palabra más.

El reverendo padre Patouille fué también aquella tarde a llevar al herido consejos y consuelos. Exhortóle a prescindir de amistades peligrosas y a reconciliarse con su familia, y le pintó a la madre con los brazos abiertos para recibir entre lágrimas al hijo pródigo...

Cuando renunciara con viril esfuerzo a los deleites inmundos y a los apetitos desordenados para ser honrado y virtuoso, Mauricio recobraría la entereza de su corazón y la paz de su alma, se libraría de quiméricas alucinaciones y se sustraería al influjo del enemigo.

El joven d'Esparvieu agradeció al reverendo Patouille tanta bondad y le aseguró que no se habían amortiguado sus sentimientos religiosos.

—Nunca—dijo—fuí más creyente que ahora; y nunca necesitaba tanto serlo. Figúrese usted, señor cura, que me veo precisado a recordar el catecismo a mi ángel custodio...

El reverendo padre Patouille suspiró profundamente y recomendó a Mauricio que rezara, el rezo era la única salvación ante los peligros de un alma combatida por el demonio.